

doctrina esencialmente agnóstica, hállese de antemano combatida en el párrafo de Balmes, copiado últimamente.



Las razones esbozadas y muchas otras, de índole científica y patriótica, dicen bastante sobre el acierto de don Adolfo Bonilla y San Martín y de la Casa Reus al reeditar una obra cuya lectura es utilísima para todos los consagrados a estudios filosóficos.

El señor Bonilla, cuyo prólogo breve y erudito informa a satisfacción acerca de la persona y la obra de Balmes, no abusa de las notas que son tan escasas y sucintas como substanciosas y necesarias.

LUIS ARAUJO-COSTA

(De *Raza Española*)

EL LATIN, BASE DE CULTURA

(Del diario *O Paiz*, de Río de Janeiro).

Debemos comenzar el estudio de la lengua materna por el portugués o por el latín?

No vean una paradoja en esta pregunta aquellos para quienes no clarea todavía la verdad lingüística en todo el esplendor de su luz concéntrica. Acuérdense de que los grandes clásicos de nuestra lengua estudiaron el portugués por la gramática latina; y no podrán hoy ser debidamente explicados y comprendidos, señaladamente Camoens, por quien no posea de la sintaxis latina y de los autores latinos un conocimiento cierto y familiar.

A los que han seguido mis artículos sobre el valor educativo de la filología y la gramática no les parecerá un despropósito esta pregunta mía.

Más lejos iba Herbart, que defendía que el estudio secundario de las lenguas debía comenzar por el griego. Bien es que él atendía de preferencia a la educación moral; pues hallaba en la Odisea el libro más propio para la iniciación de los adolescentes, por la singular cultura y movimiento de fuerzas primitivas que la caracterizan.

Dejemos, empero, a un lado esta cuestión de la prioridad y asentemos que, sin el latín, se nos vuelve imposible adquirir a conciencia la lengua. Hágase en latín la cultura de que se nutren las modernas generaciones que en variados dialectos hablan aún el mismo idioma, porque cada uno de esos dialectos, o lenguas neo-latinas, embebe las raíces en la *lingua-mater* y de ella saca la savia que es su fuerza y vida.

La lengua, como la cultura, como la raza, abarca un peculio artístico, aumentado de siglo en siglo, que no puede ser apreciado, si se rompe la continuidad. Es la madre de un río, cuyo manantial no debe quedar ignorado del explorador consciente.

Y para nosotros trátase de una fuente directa, que viene arrastrando en su curso lengua, civilización y raza.

De manera que el latín no es para portugueses y brasileiros solamente una base de cultura, como para los alemanes e ingleses; es la lengua intérprete de nuestra propia lengua, de nuestra propia alma. En su índole, en su espíritu veremos con sorpresa el orden, la sutileza, la regulada economía que afirmaron el carácter de los latinos y cuya serenidad no pudo ser turbada por la mezcla de otras sangres y otras culturas. Y no obstante razones domésticas de tal monta, es entre los alemanes e ingleses entre quienes más se estudia hoy el latín. Este argumento vale por muchos como

prueba de la eficacia educativa del latín en la gimnástica del espíritu. Por eso va sin comentarios.

El latín es una tradición escolar en la formación de la juventud, tradición milenaria que ha venido acompañando a la cultura occidental, y tan íntimamente ligada a esa misma cultura que la una no puede concebirse sin la otra.

En vano pelean los utilitaristas en Europa por la supresión del latín en la enseñanza secundaria. Las naciones donde ese estudio descaeció, como en Francia, reclaman que de nuevo se intensifique, pues el mal resultado se hace presto sentir en la cultura de las generaciones nuevas, y el porta-voz de esa reclamación fue Anatole France, en páginas que el mundo entero conoce.

El abandono del latín será, en cualquier nación, el primer paso atrás en la vida de la cultura y, por consiguiente, en el progreso.

Es que el latín, por fuerza de circunstancias diversas, se hizo para nosotros el ejercicio máximo en el avigoramamiento del espíritu, conforme a la práctica de los griegos. Su fuerza como elemento educador es única y, para nosotros los latinos, insustituible. El latín anda como disuelto en la propia sangre que nos vivifica. Es como el espíritu de este organismo secular y poderoso que llamamos civilización cristiana. Así lo comprende la Iglesia, orientadora inicial de esta misma civilización, y por eso lo considera y lo mantiene como lengua de su culto.

Mas, prescindiendo aun de razones étnicas e históricas, constituye el latín un organismo lógico de tal manera completo y armonioso, que levanta forzosamente el espíritu a una disciplina suave e imperiosa, constringente y libertadora.

Menos complicado que el griego y el sanscrito, el sistema morfológico del latín nos ofrece paradigmas a un mismo tiempo sintéticos y completísimos.

Las formas primitivas en *mí* desaparecieron y los verbos contractos obtuvieron el predominio absoluto, lo que dio a la conjugación latina una regularidad mucho más acentuada que la del verbo griego. Dando de mano al *aoristo*, de comprensión difícil para nosotros, conservó el latín formas sintéticas para las voces activa y pasiva. Ni perdió nada con la ausencia del número *dual*, que traía más confusión a los paradigmas que luz al espíritu.

En la conjugación latina caben las conjugaciones de todas las lenguas europeas; ella, es, pues, el gran modelo en que todas las otras se inspiran y por el cual todas las otras se explican.

La declinación es un resumen de la sintaxis en un cuadro palpitante de las operaciones lógicas del pensamiento. El alumno se acostumbra desde el principio a estudiar las relaciones mentales que se establecen con los objetos externos y la palabra, siendo ésta para él algo más que la expresión de la idea, por ser también la expresión del propio raciocinio en todas sus modalidades.

De la sintaxis latina dice el P. Ruiz Amado: «El pueblo romano, eminente entre los pueblos del mundo por el sentido práctico, manifestó esa tendencia en su *legislación gramatical*, no menos que en sus XII Tablas. No hay en el universo lingüístico sintaxis que pueda compararse, por la precisión y regularidad jurídica, con la sintaxis latina. Y cuán importante sea esto, desde el punto de vista educativo, la más ligera reflexión basta para hacerlo comprender.»

El *arte de entender y de expresar con exactitud* lo enseña maravillosamente el estudio de la lengua latina,

tanto en la precisión de sus leyes sintácticas como en sus flexiones. La atención se afirma, la inteligencia combina las formas y el concepto del escritor se descubre casi con rigor matemático. Esto, a pesar del hipérbaton que, por otro lado, imprime a la contrucción armonía, variedad y elegancia.

En tanto que los idiomas analíticos se embarazan con un sin número de partículas, el latín emplea un reducido número de palabras, de significación perfectamente determinada y determinable, gracias al poder sintético de su flexión.

Largo sería y fuera de mi propósito aducir ejemplos comprobatorios de la suprema elegancia y claridad con que se expresa el pensamiento en una feliz combinación de vocablos sin ninguna partícula de conexión. La frase es redonda y fluida, llena y musical, de sentido exacto y de un aticismo incomparable. Horacio nos da los más perfectos modelos de la justa medida entre el pensamiento y la expresión: la sobriedad absoluta, la limpidez y el vigor.

Delante de la fuerza y la música de un verso latino, nuestros metros con sus rimas y acentos nos semejan caricatos. Quien ama la poesía y sabe latín no dejará nunca de leer a Virgilio y a los demás grandes poetas del Lacio, porque sólo ellos satisfacen plenamente el sentido estético de la armonía de las palabras. Su verso es música, en toda la extensión del vocablo, música que se comunica al pensamiento mismo, y de cuya armonía ni siquiera tienen asomo los poetas ayunos de latín.

La lengua latina no es tan solo el punto de partida para los que desean conocer a fondo las lenguas romances; es además la fuente de armonías renovadoras para los artistas de la palabra; es el diapason por el

cual deben afinarse las liras que se proponen musicar los idiomas de los pueblos cultos.

Si la inteligencia allí va a orientarse y robustecerse, el arte de la palabra halla en el latín la suprema afinación a que puede aspirar como armonía expresiva y exacta.

Y ¿qué decir de los *modos*, de la sabiduría con que dan movimiento a la acción y la relacionan?

Citaré a Ruiz Amado: «La lengua latina expresa con extraordinaria precisión las relaciones de *causalidad*, mostrando si se trata de una cosa *real*, o que se da por *conocida* o si de una *supuesta*, verdadera o falsamente. De la misma suerte las varias clases de *condiciones*: real, posible o antirreal; la *finalidad*, la *consecuencia*, etc.; y esto, manifestando las más leves variantes del sentido y el grado de objetividad o de apreciación subjetiva que se pretende comunicar a la frase.»

De este modo, encierra el latín en grado eminente cuanto de la gramática y de la filología se lleva dicho como elementos de formación y cultura.

Debo agregar que el latín es para nosotros una lengua fácil de aprender, desde que el alumno tome en serio las declinaciones, que son casi toda la sintáxis. El verbo es como en portugués, ni la construcción se aparta mucho de la nuestra, que del latín nos vino.

Más de una vez me ha sorprendido la extrema facilidad con que ciertos alumnos penetran el sentido de los autores latinos. Llegué a pensar que el latín les estaba como anidado en lo sub-consciente y despertaba a la luz de la mañana como la creación de Junqueiro. Nosotros no aprendemos latín, lo recordamos....

J. M. GOMES RIBEIRO

20 de septiembre de 1922.

(Traducido por Francisco M. Renjifo).

Rosario

Archivo
Histórico